

LAS MURALLAS DE SANTIAGO DE COMPOSTELA (968-1875). DE CORAZA PROTECTORA A MONUMENTO EVOCADO

Leopoldo Fernández Gasalla

Afirmaba el erudito Neira de Mosquera en 1844 que la historia de Compostela “es la historia de su Catedral, porque todos los privilegios, todos los recuerdos históricos proceden de ella”¹. En lo que a nuestro tema se refiere, esto no puede ser más cierto, dado que las murallas de Santiago fueron construidas en primer lugar para amparar a la basílica que servía de relicario a los restos del Apóstol Santiago. La primitiva donación regia de Alfonso II realizada en el 834 comprendía esencialmente el *locus sanctus*, es decir, el espacio que rodeaba el pequeño templo construido para cobijar la tumba apostólica y los edificios adyacentes². Este emplazamiento rural fue creciendo gracias a la protección de los reyes asturianos, concluyéndose en 899 una nueva iglesia bajo el patrocinio de Alfonso III. La amenaza normanda llevó a su obispo Sisnando II (951-968) a fortificar Compostela, a la que parece que rodeó de una muralla o empalizada provista de torres y de un profundo foso lleno de agua. Sabemos, por otra parte, que el templo estaba protegido también por una torre, seguramente concebida como último bastión³. El peligro pronto se hizo presente, muriendo el obispo en combate contra los invasores. Casi tres décadas después, estas primeras defensas no fueron tenidas por bastantes para detener el saqueo de las tropas de Almanzor en agosto del 997, como prueba que el obispo Pedro de Mezonzo (985-1001), carente de tropas con que preservarla, hiciese evacuar la ciudad. Por fortuna, su reconstrucción durante el reinado de Alfonso V se vio facilitada por la desmembración del Califato. En cambio, la presencia de daneses, que llegaron a asolar y ocupar buena parte de Galicia y a poseer asentamientos estables en el reino (1015-1038), obligó al obispo Cresconio (1037-1066) a elevar una segunda muralla, que comprendía un circuito considerablemente más amplio⁴. Su perímetro se extendía a lo largo de unos dos kilómetros, abarcando una superficie cercana a las treinta hectáreas, sobre la cual se hallaban asenta-

¹ NEIRA DE MOSQUERA, A., *Monografías de Santiago*, Santiago, 2000, p. 269.

² LÓPEZ FERREIRO, A., *Historia de la Santa Apostólica y Metropolitana Iglesia de Santiago*, II, Santiago, 1903; LÓPEZ ALSINA, F., *La ciudad de Santiago de Compostela en la Alta Edad Media*, Santiago, 1988, pp. 107-118 y 127-145; BARREIRO SOMOZA, J., *El señorío de la Iglesia de Santiago de Compostela (siglos IX-XIII)*, A Coruña, 1987, pp. 129-130.

³ *Cronicón Iriense*, 6 y 9. LÓPEZ ALSINA, *op. cit.*, pp. 255-256. BARREIRO, *op. cit.*, pp. 129-130. Este autor sostiene que se trataba en realidad de varias torres aisladas.

⁴ *Historia Compostelana*, I, 1-10; DOZY, R., *Recherches sur l'histoire et la littérature de l'Espagne pendant le Moyen Âge*, II, París, 1881, p. 314; BARREIRO SOMOZA, *op. cit.*, pp. 95-99 y 201-204.

dos diversos núcleos o *vici* escasamente conectados. El conocimiento que tenemos sobre el aspecto que pudo ofrecer entonces es bastante general⁵. La zona próxima a la catedral se hallaba reforzada por medio de dos torres y recibía el nombre de alcázar. En el interior, un paseo de ronda facilitaba las labores de guardia⁶. Estaba provista de foso, barrera, almenas y adarve, al cual se accedía mediante escaleras situadas en diferentes puntos del recorrido⁷. Cada puerta se encontraba protegida por dos cubos. Testimonios posteriores indican que había sido fabricada con cascotes de piedra de pizarra ligados con barro, excepto en las puertas, que se hallaban reforzadas por sillares de cantería; un aparejo, por tanto, no demasiado robusto. Esta obra confirió a Compostela un rango superior dentro del reino castellano-leonés, facilitando un crecimiento económico y demográfico muy notable, que provocó la ampliación del recinto durante el primer tercio del siglo XII. El Códice Calixtino enumera en el segundo tercio de esa centuria sus siete puertas: *Francigena* (Camino), *Penne* (Peña), *Subfratribus*, *Sancto Peregrino* (Trinidad), *Faiariis* (Faxeira), *Sussanis* y *Macerellis* (Mazarelos). Durante el siglo XIII la de Mazarelos fue movida hacia el exterior para acoger el *vicus* allí asentado. También para ganar espacio desapareció la de *Sussanis*, siendo sustituida por la de la Mámoa⁸. Hacia 1179 Santiago supera ya la dimensión de *villa burgensis* con la que se le calificaba en 1105, recibiendo en adelante la denominación de *municipium, civitate o urbe*⁹.

Pese a haber sido creados por iniciativa de sus obispos para contener posibles invasiones extranjeras, paradójicamente, casi el único empleo bélico de los muros compostelanos durante los siglos XII al XV fue el de servir de antemural a varias insurrecciones de los ciudadanos de Santiago contra el poder señorial de sus prelados. Debido a la amplitud del recinto, se hacía preciso un número elevado de hombres de armas para su defensa. Por ello, la propia catedral tuvo que convertirse en fortaleza y último reducto del señor de la ciudad y de su tierra en diversas ocasiones. Así, en 1117 los burgueses compostelanos, sublevados contra la autoridad del arzobispo Diego Gelmírez (1101-1139) y de la reina doña Urraca, ocuparon y quemaron la catedral, aún en construcción, asaltando la torre de las campanas, donde el prelado y la reina se habían refugiado. Sólo a duras penas lograron librarse del incendio que habían provocado para hacerlos salir¹⁰. Una nueva revuelta en 1136 trajo consigo otro asalto a los aposentos arzobispales. Gelmírez había concentrado sus esfuerzos estratégicos en recomponer las fortalezas que defendían las fronteras de sus señoríos¹¹, pero sus enemigos más enconados resultaron ser los de intramuros. Debido a la reiteración de estas algaradas, el castillo de A Rocha Forte, erigido por Juan Arias (1238-1266) entre los caminos de Padrón y Noia, valió reiteradamente de enroque a los arzobispos compostelanos hasta su destrucción por los ir-

⁵ Las noticias sobre viajeros que peregrinaron a lo largo de los siglos XI y XII no aclaran gran cosa al respecto. VÁZQUEZ DE PARGA, L., "Peregrinos jacobitas de los siglos XI y XII", en Vázquez de Parga, L., Lacarra, J. M. y Uría, J., *Las peregrinaciones a Santiago de Compostela*, I, Madrid, 1948, pp. 47-69.

⁶ ARMAS CASTRO, J. A., "Santiago en los siglos XI al XIII. Aproximación histórica a la morfología urbana compostelana", *Compostellanum*, XIX, 1974, p. 226; BARREIRO, *op. cit.*, pp. 202-204.

⁷ ARMAS CASTRO, J. A., "El afianzamiento de la realidad urbana después del año mil", en Portela Silva, E. (coord.), *Historia de la ciudad de Santiago de Compostela*, Santiago, 2003, pp. 87-89.

⁸ *Liber Sancti Jacobi*, Lib V, Cap. IX; LÓPEZ FERREIRO, *Historia*, A., III, Apéndice, p. 8.

⁹ LÓPEZ ALSINA, *op. cit.*, pp. 145-146; GONZÁLEZ VÁZQUEZ, M., "Urbanismo e desenvolvimiento urbano en Santiago de Compostela (1150-1250)", *El Museo de Pontevedra*, 51, 1997, pp. 447-460.

¹⁰ *Historia Compostelana*, I, 114, 2-3; BIGGS, G., *Diego Xelmírez*, Vigo, 1983, pp. 113-115.

¹¹ BARREIRO, *op. cit.*, pp. 315-319.

mandiños en 1466¹². Así, en junio de 1366 el arzobispo Suero Gómez de Toledo (1362-1366) se había alojado en él, mientras Pedro I se encontraba en la ciudad. Convocado por el monarca el día 3 de julio, éste contempló desde lo alto de la catedral cómo dos de sus partidarios le daban muerte junto con el deán Pedro Álvarez¹³. La guerra entre Enrique II y los partidarios de Pedro I no cesó en Galicia hasta 1371¹⁴. Cuando en agosto de 1386 el ejército inglés del duque de Lancaster, quien en nombre de su esposa Constanza, hija de don Pedro, reclamaba el trono de Castilla, llega a la ciudad, ésta se rinde sin resistir¹⁵. ¿Manténían los burgueses compostelanos vivas sus simpatías por el legitimismo o era imposible defenderla? Froissart asegura que las murallas se hallaban inservibles y pobrememente guarnecidas de soldados¹⁶. Sin embargo, en 1318 habían cumplido bien su cometido durante el enfrentamiento entre el arzobispo Berenguel de Landoira (1317-1330) y los burgueses de Compostela. Este prelado no sólo hubo de sufrir el incendio del castillo de A Rocha, sino que, tras ser incapaz de tomar la ciudad, cayó en la trampa que le tendieron sus habitantes. Habiéndole permitido entrar en la catedral, lo sitiaron durante trece días hasta forzarlo a abandonar la urbe, la cual no recuperó hasta septiembre de 1320¹⁷. Escarmentado, mandó reparar entonces las almenas catedralicias, que habían sido reforzadas ya por su antecesor Rodrigo del Padrón (1307-1316), así como las torres de refugio inmediatas al templo¹⁸. Pese a ello, sintiéndose amenazado por una nueva revuelta, su sucesor don Martín (1344-1351) buscará amparo en Noia¹⁹. Rodrigo de Luna (1449-1460), por su parte, fortificó los palacios episcopales y construyó una torre nueva de tres pisos, “labrada de cantería con sus almenas e ventanas e alta en la qual de noche se aposentava el arzobispo y mas alta y mas ancha que la torre de la plaça”²⁰.

La primera documentación municipal que se conserva data de los años comprendidos entre 1416 y 1422. Además de algunas referencias a la función aduanera de la muralla, se adoptan varias decisiones para mantener los ahora llamados *muros do concello*, destinadas a reparar tramos caídos y a evitar edificaciones adosadas en las inmediaciones de las puertas. Una parte de las multas que pagaban los infractores de las ordenanzas municipales se destinaba a ese fin²¹. Aunque fue justamente durante 1422 cuando una nueva revuelta ciudadana procuró librarse una vez más del señorío eclesiástico²², la crisis social ga-

¹² LÓPEZ FERREIRO, *Historia*, v, pp. 190-202; PORTELA SILVA, E., PALLARÉS, M^a C., SÁNCHEZ, X. M., *Rocha Forte: el castillo y su historia*, Santiago, 2004, pp. 33-34 y 51-76. Además de la torre del homenaje, el recinto contaba con otras nueve y era capaz de albergar hasta doscientos caballos. Prácticamente jugaba el papel de una ciudadela que “hazia esta quedo a los de la çiudad e de la tierra”. RODRÍGUEZ GONZÁLEZ, A., *Las fortalezas de la Mitra Compostelana y los “irmandiños”*, A Coruña, 1984, p. 63.

¹³ LÓPEZ DE AYALA, P., *Crónica del rey don Pedro I, don Enrique II, don Juan I, don Enrique III*, I, Madrid, 1779-1780, p. 418; LÓPEZ FERREIRO, *Historia*, vi, pp. 162-163.

¹⁴ GARCÍA ORO, J., *Galicia en la Baja Edad Media. Iglesia, señorío y nobleza*, Santiago, 1977, pp. 35-44.

¹⁵ LÓPEZ DE AYALA, *op. cit.*, II, p. 249.

¹⁶ El capitán de la guardia Alfonso Soria rindió la plaza a los requerimientos del mariscal Moreaul. FROISSART, J., *Les Croniques*, x, Paris, 1869-1966, pp. 127 y ss.

¹⁷ DÍAZ Y DÍAZ, M. C., GARCÍA ORO, J. et alii (traductores), *Hechos de don Berenguel de Landoria, arzobispo de Santiago*, Santiago, 1983, pp. 12-20 y 91-107; LÓPEZ FERREIRO, *Historia*, v, pp. 341-342, y vi, pp. 18-38.

¹⁸ GARCÍA ORO, *op. cit.*, pp. 29-32; LÓPEZ FERREIRO, *Historia*, vi, pp. 60-62.

¹⁹ *Ibid.*, p. 135.

²⁰ RODRÍGUEZ GONZÁLEZ (1984), *op. cit.*, p. 64.

²¹ RODRÍGUEZ GONZÁLEZ, A., *Libro do Concello de Santiago (1416-1422)*, Santiago, 1992, pp. IX-X, 29-30, 77, 91, 112, 146-147, 165-166, 195, 199, 243-244 y 258.

²² LÓPEZ FERREIRO, *Historia*, vii, pp. 31-41. Ídem, *Fueros municipales de Santiago y su tierra*, II, Santiago, 1895, p. 27; GARCÍA ORO, *op. cit.*, 1977, pp. 96-98; Ídem, *La nobleza gallega en la Baja Edad Media*, Santiago, 1981, pp. 183-186.

llega no alcanzará hasta mediados de la centuria su máxima virulencia. En 1459 los burgueses de Santiago negaron el acceso a la población al arzobispo Luna. Apoyados por el conde de Trastámara, lograron mantener sus posiciones sólo por la desgana de las tropas convocadas por el prelado. En 1461 será el nuevo arzobispo Alonso I de Fonseca quien conseguirá recuperar la ciudad. Cercada la plaza durante cuatro meses con el apoyo decisivo del señor de Altamira, Bernal Yáñez de Moscoso, sólo fue posible desalojar al conde prendiendo fuego a la ciudad²³. Cinco años después, en julio de 1466, el propio Bernal Yáñez –tras secuestrar al nuevo arzobispo Fonseca II– cerca la catedral, aunque ahora sea ante las almenas de este edificio y no frente a las de la urbe donde se libran los combates²⁴. Por entonces, el deficiente estado de las murallas seguía sin ser corregido. El secretario de León de Rosmithal, noble bohemio que llegó en peregrinación durante la lucha, relata que Santiago estaba “rodeada por una única muralla con almenas que por una parte están llenas de violetas amarillas que se ven desde lejos y por la otra los muros están cubiertos de hiedra, que casi parece un bosque, un ancho foso circunda la ciudad y por encima del muro están las torres cuadradas de antigua fábrica que distan muy poco unas de otras”²⁵. Parece que fue el mismo Bernal Yáñez quien, tras hacerse fuerte en la puerta de Mazarelas, cubrió con tejados las torres que la flanquean y derribó los dos torreones inmediatos para evitar que desde ellos se le pudiese hostigar. Por este motivo, el propio arzobispo Alonso II de Fonseca mandó derribar la fachada interna de todas las torres, con excepción de las que guarnecían las puertas, para evitar que tal situación pudiese repetirse²⁶. De todos modos, la batalla de 1468, en la cual el arzobispo Fonseca y sus aliados nobiliarios derrotaron a las huestes irmandiñas, se riñó a las afueras de la ciudad. Tampoco en 1471, tras el abandono forzado del cerco de las torres de Altamira, durante el cual el hermano de Fonseca, Luis de Acevedo, se retira a Santiago, llegan sus acosadores a intentar el asalto a las murallas.

Los años de sosiego que siguen a la pacificación del reino lograda por los Reyes Católicos entre 1480 y 1484 trajeron como consecuencia un deterioro imparable de su fábrica²⁷. Casi treinta años después de la visita de Rosmithal, el médico y geógrafo alemán, Hieronimus Münzer realizó parecidas apreciaciones²⁸. A estas alturas las fortificaciones habían perdido buena parte de su valor estratégico, en gran medida porque la población rebasaba ya sus límites, instalada no sólo en los arrabales, sino también en casas adosadas a su propia fábrica²⁹. Por otro lado, la lejanía de los teatros bélicos hizo que el esfuerzo por mantener el entramado defensivo se viese como algo cada vez más gravoso y menos vital. Al igual que sucedió en aquellas ciudades europeas que durante la Edad Moderna no llegaron a constituirse en plazas de armas claves en los sistemas defensivos de sus estados, la irrupción

²³ APONTE, V. de, *Relación de algunas casas y linajes del Reino de Galicia*, en Vicetto, B.: *Historia de Galicia*, VI, Ferrol, 1865, p. 438; LÓPEZ FERREIRO, *Historia*, VII, p. 244; GARCÍA ORO (1981), *op. cit.*, p. 192.

²⁴ LÓPEZ FERREIRO, A., *Galicia en el último tercio del siglo XV*, Vigo, 1968, pp. 26-27.

²⁵ GARCÍA MERCADAL, J., *Viajes de extranjeros por España y Portugal*, I, Salamanca, 1999, pp. 259-261.

²⁶ RODRÍGUEZ GONZÁLEZ, (1984), *op. cit.*, pp. 45, 51 y 65. Los testigos parecen confundir a Bernal Yáñez con su descendiente Lope Sánchez de Moscoso, pues éste último nunca llegó a sitiar la catedral. Cfr. LÓPEZ FERREIRO (1968), pp. 26-28; GARCÍA ORO (1977), *op. cit.*, pp. 116 y 120, e *Ibidem* (1981), pp. 191-207.

²⁷ Algo semejante sucedió en la Inglaterra del siglo XIV. MORRIS, A. E. J., *Historia de la forma urbana. Desde sus orígenes a la Revolución Industrial*, Barcelona, 1984, p. 105.

²⁸ GARCÍA MERCADAL, *op. cit.*, I, p. 359. Santiago “está protegida por una antigua muralla con múltiples y fortísimas torres”.

²⁹ ARMAS (2003), *op. cit.*, p. 89.

de la artillería de sitio y el alejamiento de los teatros bélicos a las zonas fronterizas o costeras determinaron el que las murallas compostelanas dejaran de jugar su tradicional papel protector de la vida urbana, quedando restringidas a su función de límite territorial. A lo largo de los siglos XVI y XVII observamos el dilema entre los intentos de algunos regidores por mantenerla en las mejores condiciones posibles y la acuciante necesidad de obtener ingresos para atender a las demás necesidades comunales. La cortedad de bienes de propios de la que siempre adoleció la hacienda municipal, llevó a sus regidores a aforar a particulares porciones de muro y torres para convertirlas en viviendas o caballerizas, a cambio de una renta y del compromiso de asumir la conservación³⁰. Un testimonio contemporáneo confirma esta decadencia. En 1532 fray Claude de Bronseval, secretario del abad de Clairvaux, Dom Edme de Salieu, comenzaba su breve descripción de la ciudad diciendo: “Es pequeña, de edificios bajos, rodeada de murallas viejas, cubiertas de hiedra, poco resistentes y en ruinas”³¹. En septiembre de 1550 el regidor Vasco de Viveiro, consciente del valor simbólico de las murallas, se oponía a que se adosaran casas a su fábrica recalando en el consistorio “el dapno que rezibia la dicha çibdad en se cubrir los muros, donde leyendo çibdad tan ensine facianla aldea” y denunciando que el suegro de uno de los regidores hubiese acaparado la mayor parte de los muros. Lo peor no fue que no se cumplieran los acuerdos de no aforar los terrenos arrimados al muro (1550, 1551, 1553, 1560), sino el que los aforados no pagaban las rentas ni impedían los continuos derrumbamientos. En medio de todo este decaimiento sonó la voz de alarma. Los ataques ingleses de Drake a Vigo (1585 y 1589) y A Coruña (1589) y otros intentos posteriores, obligaron a replantear la capacidad defensiva de la cerca compostelana. A principios de 1590 el arzobispo Juan de Sanclemente donó al concejo 500 ducados para su reparación³². En junio de ese año el capitán general, marqués de Cerralbo, escribía al rey que en su opinión era casi imposible que una incursión inglesa remontase la fangosa Ría de Arousa hasta Padrón, para tomar Santiago de noche, pues la distancia hacía la expedición demasiado expuesta. A diferencia de los regidores compostelanos, confiaba además en las milicias de Noya, Padrón y la Ría, mandadas por cabos experimentados, como eran Pedro de Sotomayor y Diego das Mariñas. Proponía, además, que las propias milicias de Santiago recibiesen entrenamiento periódico. Entendía poco útil, dada la humedad de la tierra, la idea de crear un almacén con mil arcabuces, pólvora, cuerda y harina. Tampoco creía que cerrar cuatro de las nueve puertas resultase práctico, pues las creía bien defendidas por sus cubos, sobre todo si se incorporasen media docena de piezas de artillería. Además, señalaba que los vecinos “están ahora fatigados con averseles derribado muchas casas que tenían pegadas a la muralla y estallaran mas si se les quitase la comodidad de tener todos cerca puertas por donde salir a sus granjerías y meter sus haciendas en cassa que sin todas esas puertas lo harían con mucha [in]comodidad por ser las mas calles muy rruines y algunas asperas”³³. En 1595 el prelado remitió un memorial al rey en el que se incluye el primer plano conocido de la ciudad (Fig. 1), en el cual llama la atención cómo todavía se conservaba la mayor parte de los torreones³⁴.

³⁰ RODRÍGUEZ GONZÁLEZ, A., “Las murallas de Santiago en el siglo XVI”, *Cuadernos de Estudios Gallegos*, XXIV, 1969, pp. 395-412; ORTEGA ROMERO, M^a S., “Las murallas de Compostela en los siglos XVI y XVII”, *Semata*, 1, 1988, pp. 225-239.

³¹ BRONSEVAL, C., *Viaje por España (1532-153)*, Madrid, 1991, pp. 186-187.

³² RODRÍGUEZ GONZÁLEZ, (1969), *op. cit.*, pp. 395-411.

³³ Archivo General de Simancas. Guerra Antigua. Leg. 265, doc. 135.

³⁴ GARCÍA BRAÑA, C., “El primer plano conocido de Santiago: un nuevo documento clave para el urbanismo gallego”, *Boletín Académico. Escola Técnica Superior de Arquitectura da Coruña*, 5, 1986, pp. 31-61.

Las prevenciones que por orden real se tomaron en 1596 ante una posible invasión comprendieron, además del alistamiento de milicias, nuevas reparaciones de lienzos caídos. La zona en peor estado era la de poniente, desde San Francisco al Hospital Real. Sin embargo confesaban los regidores que el trance se presentaba difícil, pues ni resultaba posible disponer de los seis mil hombres necesarios para la defensa, ni tampoco del dinero para comprar las armas, municiones y provisiones a propósito. Según el cabo de las milicias, Antonio Ozores de Sotomayor, en algunos lugares los montones de escombros que habían resultado del derribo de las casas adosadas eran tan altos que los niños los usaban para trepar hasta el adarve. Ni siquiera las puertas cerraban por completo la luz de los arcos de entrada. El remedio propuesto de reconstruir toda la muralla desde los cimientos, sustituyendo el barro por argamasa, hubiese resultado exorbitantemente caro. Para hacer frente se decidió vender el coto de Aríns al arzobispo, pero en 1597 los problemas financieros seguían entorpeciendo las reparaciones³⁵. Consultados por entonces los ingenieros militares Jácome y Jorge Palearo Fratin, informaron de que resultaba difícil realizar innovaciones útiles en el perímetro defensivo, por mucho que lo desease el arzobispo³⁶.

En 1604 por orden del capitán general se realizaron nuevas reparaciones, pero, pese a las mejoras, resultaba excesivo el optimismo con el que en 1607 el visitador del arzobispado, cardenal Jerónimo del Hoyo, afirmaba que la ciudad “está muy bien cercada con buena muralla, la qual está edificada por todas partes sobre peña; tiene muchos torreones muy espesos, cada uno con su plaça de armas y todo ello con sus almenas”³⁷. En realidad, Santiago nunca llegó a convertirse en una plaza defendida a la moderna, pues, para haberlo sido no podría haber parte en ella “que no esté vista y defendida de otra”. Según instruía el ingeniero Medrano, a la ciudad que estuviese rodeada “solo con una cerca de Muralla, se le darà titulo de cerrada; mas no de fortificada”³⁸. A lo largo de la primera mitad del siglo XVII una serie de campañas de reconstrucción, sobre todo en 1639 y 1643, logran todavía mantener su utilidad, al menos con usos fiscales y jurisdiccionales³⁹. En la segunda mitad del siglo el balance de los presupuestos municipales continuó siendo calamitoso. Las reparaciones, que corrían a partes iguales a cargo de la ciudad, del arzobispado y del cabildo desde la peste de 1595, solían posponerse por la demora en la entrega de los fondos⁴⁰. Obviamente, el sistema careció de eficacia, según se aprecia en la reiteración de protestas de los procuradores generales del mal estado de las murallas⁴¹. Por idénticos motivos, los regidores se sintieron aliviados al poder transferir a particulares la responsabilidad de mantener en buen estado distintos tramos. En 1656 los agustinos solicitaron del concejo “sacar la muralla mas afuera donde esta” para fabricar un cuarto nuevo de su convento, a lo cual éste accedió gustoso “en atención que

³⁵ RODRÍGUEZ GONZÁLEZ, (1969), *op. cit.*, pp. 395-411.

³⁶ SORALUCE, J. R., *Castillos y fortificaciones de Galicia*, A Coruña, 1985, pp. 137-142.

³⁷ HOYO, J. del, *Memorias del Arzobispado de Santiago (1607)*, edición a cargo de VARELA JÁCOME, B. y RODRÍGUEZ GONZÁLEZ, A., Santiago, s.a., p. 43. Enumera además sus ocho puertas.

³⁸ FERNÁNDEZ DE MEDRANO, S., *El Arquitecto perfecto en el Arte Militar*, Bruselas, 1700, p. 1.

³⁹ ORTEGA, *op. cit.*, pp. 231-233; GOY DIZ, A., *A actividade artística en Santiago, 1600-1648*, Santiago, 1999, pp. 261, 267, 281, 283, 388 y 394-395.

⁴⁰ LÓPEZ FERREIRO (1895), pp. 597-598; FERNÁNDEZ GASALLA, L., *La arquitectura en tiempos de Domingo de Andrade. Arquitectura y sociedad en Galicia (1660-1712)*, Santiago, 2004, p. 533.

⁴¹ RODRÍGUEZ GONZÁLEZ, *op. cit.*, p. 278; ORTEGA, *op. cit.*, pp. 226-227; FERNÁNDEZ GASALLA, *op. cit.*, p. 578.

dicho pedazo de muralla se estaba cayendo y que la ciudad en su reparo avia de gastar muchos maravedis⁴². En realidad, el consistorio apenas se limitó a mantener expedito el paso en las inmediaciones de las puertas y el acceso a la muralla en algunos lugares. Así, se denegó la petición de la Universidad para que se le aforase un terreno junto a la Puerta Faxeira sobre la que construir casas⁴³. En 1650 y 1660 se rechazó la incorporación del callejón de Esterqueiras a la huerta de una de las casas del cabildo, porque además de usarse como albañar todo aquel barrio, “tambien haze ysla al Colexio de Fonseca y, en tiempo de guerras, se puede continuar cualquiera socorro a la muralla donde sale, pues desde la Plaça del Hospital hasta la Puerta Faxeras no hay ningun otro calexon por donde se pueda salir a la muralla”⁴⁴. Estas iniciativas apenas frenaron el deterioro. En 1668 el procurador general informaba de que las murallas “están caidas y arruinadas, de tal manera que suben por ellas los olores con la tierra y revo [sic] que se arrimo a ellas [...] y otros pedazos que están caidos hasta el suelo”. Lorenzo Magalotti, acompañante de Cosme de Médicis en su viaje de 1669, corrobora estas declaraciones al afirmar que “las torres están incrustadas en las murallas de piedra, completamente recubiertas de hiedra y medio derribadas”⁴⁵. El pintor Pier Maria Baldi trazó entonces su famosa vista desde el sureste, que permite apreciar cómo la Puerta Faxeira mantenía sus torreones semicirculares (Fig. 2). Al este, destaca la eminencia de la torre de la plaza del Hospital, sobre el perfil de unos muros desmochados y desprovistos de torreones, cuya función ha sido reducida a la de muro de contención de la huerta de los colegios de San Jerónimo y Santiago Alfeo y del Hospital Real⁴⁶. De tres años antes data una panorámica dibujada desde el Monte de la Almáciga por uno de los integrantes de la embajada inglesa del conde de Sandwich ante Carlos II. Aunque poco realista en otros aspectos, transmite en conjunto la impresión de que la muralla era entonces más bien una cerca, desprovista ya de los cubos defensivos en el trayecto comprendido entre el convento de la Cerca y la Puerta del Camino. Las torres que flanquean esta puerta poseían planta cuadrada y estaban cubiertas por tejados⁴⁷. Ante tal panorama es comprensible que el clérigo boloñés Domenico Laffi casi no les prestase atención en 1673⁴⁸. En definitiva, los muros se habían convertido, según indicaba el procurador general en 1684, en un medio de aislamiento “en guerras, contagios y otras cosas”, aunque tan imperfecto que en 1692 se entraba “de afuera a dentro, así todo jenero de personas como caballerías y carros”⁴⁹.

⁴² Permisos parecidos se dieron a particulares en 1660, a los jesuitas en 1674 y a los benedictinos en 1698. ORTEGA, pp. 232-233; FERNÁNDEZ GASALLA, *op. cit.*, pp. 546-547 y 578.

⁴³ *Ibidem*, p. 543. En ese lugar existían ya algunas casas habitadas por alquiladores y herradores.

⁴⁴ *Ibidem*, pp. 549-550.

⁴⁵ SÁNCHEZ RIVERO, A. y MARIUTTI, A., *Viaje de Cosme de Médicis por España y Portugal*, Madrid, 1933, pp. 332-337.

⁴⁶ FERNÁNDEZ GASALLA, L., “Público y arquitectura: la ciudad de Santiago en los relatos de los viajeros italianos y franceses (1598-1670)”, *Actas del Symposium “Alonso Cano y su tiempo”*, Granada, 2002, pp. 523-539.

⁴⁷ VIGO TRASANCOS, A., “La embajada a España del primer Conde de Sandwich y una vista panorámica de la ciudad de Santiago de 1666”, *Obradoiro de Historia Moderna*, 14, 2005, pp. 271-293.

⁴⁸ LAFFI, D., *Viaggio in Ponente a S. Giacomo Di Galitia, e Finis Terrae*, Bolonia, 1673, p. 237.

⁴⁹ FERNÁNDEZ GASALLA, *op. cit.*, pp. 575 y 579. En 1649 el cierre de las puertas frente a la peste en Andalucía había sido una de las principales medidas de precaución adoptadas por el Concejo. Archivo Universitario de Santiago. Fondo A.M.S. Actas municipales nº 20, ff. 139-143, 150v y 159v.



Fig. 2. Vista del pintor Pier M. Baldi. 1669.

El siglo XVIII será testigo de la fase final de esta lenta agonía. Durante la invasión inglesa de 1719, ni se planteó siquiera la posibilidad de remozarla⁵⁰. Por el contrario, la estrategia defensiva se centró en cortar el puente de Cesures y reforzar Padrón con 800 hombres y, como último recurso, atrincherarse junto al puente de A Rocha⁵¹. En consecuencia, el cabildo envió sus alhajas y reliquias fuera de la ciudad, mientras que la Universidad embalsamó su archivo para ponerlo a buen recaudo⁵². En octubre los regidores escriben a Felipe V, advirtiéndole que la ausencia de tropas regulares les “hace temer con todo fundamento entren los enemigos no solo en esta provincia, sino en esta ciudad y verla sujeta por yndefensa y del todo avierta a la ferocidad y rrobos de los enemigos, y lo que es nuestro maior sentimiento, expuestto este sagrado templo de Nuestro Glorioso Patron Santiago a sus sacrilegios y codicia, sirviendo de irrisión y conquista a los enemigos de la Corona y de la Religión este Santuario, el mayor de nuestra fe en España”⁵³. Con posterioridad a este episodio crítico, quedó bien claro que cualquier tipo de defensa de Santiago debía descansar en las tropas y no en las murallas. Por su parte, los viajeros de los años subsiguientes no las mencionan en sus relatos. Incluso el sabio compostelano Antonio Riobóo y Seixas, al

⁵⁰ Consciente de esta indefensión, el 26 de octubre el general Cobham exigió al ayuntamiento de Santiago 60.000 doblones, a cambio de poner las vidas y propiedades de sus ciudadanos bajo la protección de Inglaterra. AHUS. Fondo A.M.S. Actas municipales nº 110. 1719 (oct.-dic.), f. 79.

⁵¹ El 30 de octubre el regidor comisionado por el ayuntamiento de Santiago escribía a la ciudad indicando que, tras haber celebrado consejo de guerra con el comisario ordenador y el ingeniero Herman García, se habían dispuesto las cosas para poder cortar el puente en caso de avance del enemigo. Para ello se habían reclutado veinte canteros en Santiago. El 2 de noviembre se ordenó el envío de 300 paisanos provistos de palas al puente de A Rocha. El día 4 las instrucciones de la autoridad militar orientaban los esfuerzos a tomar las alturas próximas a la ciudad y fabricar fortines. *Ibidem*, ff. 119, 149 y 166.

⁵² LÓPEZ FERREIRO, *Historia*, x, pp. 13-15; MEIJIDE PARDO, A., *La invasión inglesa de Galicia en 1719*, Madrid, 1970, pp. 117-120.

⁵³ AHUS. A.M.S. Actas municipales. Libro nº 110. 1719 (octubre-diciembre), f. 43.

describir en 1753 la ciudad con destino al Piscator anual, titulado *El Jardinero de los planetas*, se limitaba a indicar al respecto que se conservaban, aún, siete puertas: había desaparecido a estas alturas la de San Francisco⁵⁴. Sin embargo, en el propio libro no se incluyen esos datos, reseñándose simplemente que las murallas “se miran arruinadas por partes”⁵⁵. En el Instituto P. Sarmiento se conserva un plano de autor desconocido, en cuya leyenda reza “Pitipies de baras castellanas para medir las murallas”, datable con anterioridad a 1776 (Fig. 3). En él puede observarse cómo el camino de ronda interior, aún existente en 1595, había sido invadido en prácticamente todo el flanco noroeste por los colegios mayores, el Hospital Real y el convento de San Francisco. En la zona este había ocurrido lo propio con el convento de la Cerca, el palacio de Altamira y el colegio de los jesuitas y en el lado sur con el colegio de las Huérfanas. Por otra parte se confirma la desaparición de los torreones, excepto en la Puerta del Camino y de la Peña y en la de la Mámoa y Faxeira, donde se hallaban apuntalados por los edificios adosados. Cuando el arquitecto Juan López Freire traza su plano de la ciudad en 1796 ya no quedaban en pie más restos apreciables de las murallas que algunas de sus puertas. Su suerte había corrido en paralelo con la de tantas otras ciudades europeas⁵⁶. Durante el primer tercio del siglo XIX la muralla carece ya de función; se destruye lo poco que resta de ella y se ocupa su espacio con casas o se amplían las vías públicas. En 1800 se acuerda el derribo del arco interior de la Puerta del Camino, la cual desaparecerá por completo en 1835. Aproximadamente por esos años sucedió lo mismo con la Puerta Faxeira, que a estas alturas era poco más que un portón abierto en unos cuantos metros de cerca desprovista de torres o de cualquier otro rasgo de monumentalidad. A la de San Roque le había llegado su turno en 1822, so pretexto de que su estado ruinoso la había convertido en un peligro. Únicamente la de Mazarelos conseguirá salvarse y llegar hasta nuestros días, pese a las solicitudes de derribo que en 1871 presentaron los vecinos de las calles y plazas inmediatas⁵⁷. Ya en 1844 la nostalgia había teñido las palabras de Antonio Neira de Mosquera, en las que se manifiesta una dicotomía muy propia de los siglos XIX y de buena parte del XX entre progreso y tradición:

Las murallas ya no existen, y las puertas que se conservaban en estos últimos tiempos, han desaparecido a los golpes de reformas que embellecieron la antigua capital del Reino de Galicia, y que han arruinado los últimos restos de la arquitectura antigua que abundaba en todas partes⁵⁸.

Treinta años más tarde Ramón Álvarez de la Braña se lamentará también de cómo los monumentos antiguos estaban siendo derribados para ensanchar las ciudades⁵⁹.

⁵⁴ PÉREZ COSTANTI, P., “La ciudad de Santiago en 1753”, *Notas viejas galicianas*, Santiago, 1993, pp. 37-39.

⁵⁵ MORALEJA Y NAVARRO, J., *El jardinero de los planetas y piscator de la Corte para el año 1754*, Madrid, [1753], p. 54.

⁵⁶ SETA, C., *La ciudad europea del siglo XV al XX*, Madrid, 2002, pp. 124-125.

⁵⁷ CORES TRASMONTA, M. P., *El urbanismo en Santiago en el siglo XIX*, Santiago, 1962, pp. 14-15 y 29-31.

⁵⁸ NEIRA DE MOSQUERA, *op. cit.*, *loc. cit.*

⁵⁹ ÁLVAREZ DE LA BRAÑA, R., *Guía del viajero en Santiago*, Madrid, 1875, f. II y p. 11.



Fig. 3. Plano de autor desconocido, anterior a 1776. Instituto P. Sarmiento.